

POESIA

EDGAR ALLAN POE



### País del sueño

Por un camino oscuro y yermo  
que asolan ángeles enfermos,  
donde Noche es el icono  
que reina erguido en negro trono,  
he llegado aquí como pude  
desde esa última y brumosa Tule;  
¡desde un clima salvaje, sublime y reacio  
que mora fuera del tiempo y el espacio!

Valles sin fondo y ríos sin cauces  
y grietas y cuevas y titánicos sauces  
cuyas formas al hombre escamotean  
las lágrimas que por doquier gotean;  
montañas que hunden sus laderas  
en mares abruptos, sin riberas;  
mares que elevan sus olas airadas  
hasta los cielos envueltos en llamas;  
lagos que extienden, sin cesar, a espuestas  
sus aguas solitarias, solitarias y muertas,  
sus aguas quietas, quietas y heladas  
debido a la nieve de los lirios y calas.

Junto a los lagos que a espuestas  
extienden sus aguas solitarias y muertas,  
sus aguas tristes, tristes y heladas  
debido a la nieve de los lirios y calas;  
junto alas montañas, cerca del río  
y de su murmullo eterno y sombrío;  
junto al bosque gris, en el pantano lacio  
donde viven la nutria y el batracio;  
junto a las tenebrosas lagunas  
donde tienen los ícubos sus cunas;  
en los rincones más vulgares  
y los más mustios lugares;  
allí el viajero encuentra, alelado,  
amortajadas memorias del pasado,  
formas que suspiran inquietantes,  
y aterran a su paso al visitante;  
espectros de amigos que concedieron  
sus restos agónicos a la tierra... y el cielo.

Para aquél cuyos pesares son legión  
es sedante y apacible esta región.  
Para el espíritu que avanza rodeado  
de sombras es, ¡oh, todo un Eldorado!  
Pero el viajero, al atravesarla,  
no debe demorarse en escrutarla;  
jamás los frágiles ojos humanos  
podrán posar la vista en sus arcanos;  
lo quiere así su rey, que ha vedado

alzar el tenue párpado cerrado;  
de modo que la infausta alma que pasa  
ve lo que ve tras un velo de gasa.

Por un camino oscuro y yermo  
que asolan ángeles enfermos,  
donde Noche es el icono  
que reina erguido en su negro trono,  
he vuelto a casa como pude  
desde esa última y brumosa Tule.

### El gusano conquistador

¡Mirad! ¡Es noche de fiesta  
dentro de estos últimos años desolados!  
Una muchedumbre de ángeles alados, ataviados  
con velos, y anegados en lágrimas,  
está sentada en un teatro, para ver  
una comedia de esperanzas y temores,  
mientras la orquesta a intervalos suspira  
la música de las esferas.

Los mimos, hechos a imagen del dios de las alturas,  
musitan y rezongan por lo bajo,  
y corren de acá para allá -  
Puros muñecos que van y vienen  
al mando de vastos, informes seres  
que cambian las decoraciones de un lado a otro  
sacudiendo de sus alas de cóndor  
el invisible infortunio.

¡Oh, que abigarrado drama! - ¡Ah, estad ciertos  
de que no será olvidado!  
Con su fantasma perseguido, sin cesar, cada vez más,  
por una muchedumbre que no puede pillarlo,  
cruzando un círculo que gira siempre  
en un mismo sitio.  
Y mucho de locura y más de pecado  
y horror son alma del argumento.

Pero mirad: entre la música barahúnda  
una forma reptante se introduce,  
un ser rojo de sangre que viene retorciéndose  
de la soledad escénica.  
¡Se retuerce! - ¡Se retuerce! - con mortales angustias,  
los mimos se toman su pasto,  
y los serafines sollozan ante los colmillos de aquella sabandija  
empapados en sangraza humana.

¡Desaparecen - desaparecen las luces - desaparecen todas!  
Y sobre todas aquellas formas tremulantes  
el telón, paño mortuario,  
baja con el ímpetu de una tempestad.  
Y los ángeles, todos pálidos, macilentos,  
se levantan, se quitan los velos, y afirman  
que aquella obra es la tragedia del hombre  
y su protagonista el Gusano conquistador.

**Eldorado**

Arrogante y altanero  
Un armado caballero,  
Por la luz y por la sombra, alucinado,  
Y cantando  
Sus canciones, fue vagando  
En procura de la tierra de Eldorado.

Pero vano fue su esmero  
Y ya viejo el caballero,  
Por la sombra el corazón sintió apresado,  
Al pensar que nunca el día  
Llegaría  
El que hallara aquella tierra de Eldorado.

Ya sin fuerzas, vacilante,  
encontró una sombra errante,  
"Sombra" -díjole febril y esperanzado-  
A mi súplica responde:  
¿Sabes dónde  
Hallaré, de Eldorado la tierra ignota?

-En la luna, tras de extrañas  
Y fatídicas montañas,  
En el valle por las sombras habitado  
-Respondióle: -  
Ve adelante,  
Caminante,  
Si es que buscas esa tierra de Eldorado.

**Himno**

Por la mañana, en el ocaso, a mediodía,  
¡tú escuchaste mi himno, María!  
En la dicha o la tristeza, la salud o el dolor,  
¡no me abandones, madre de Dios!  
Cuando, felices, las horas volaban  
y ni una nube el cielo enturbiaba,  
mi alma, guiada por tu gracia, pudo  
vislumbrar la senda hacia ti y los tuyos;  
ahora que el destino inclemente  
nubla mi pasado y mi presente,  
¡llena de dulce luz mi porvenir  
con la promesa de los tuyos y de ti!

**Israfel**

Vive en el Edén un alma,  
"de su corazón las cuerdas  
un laúd entrelazaron".  
Cantar más bello no existe  
que el del ángel Israfel.  
Dice el mito que los astros  
acallan su estelar himno  
ante su voz y su hechizo.

En el cielo,  
temblorosa,  
la luna embelesada  
de amor se sonroja.  
Para escuchar su lira  
el relámpago  
(con las siete Pléyades)  
su fuego demora.

Todos ellos dicen (el coro  
de estrellas y los otros que escuchan):  
que arde de Israfel la lira  
y al pulsar las vivas cuerdas  
un trémulo canto brota.

Pero es en las alturas  
que el ángel  
pasa sus días,  
donde las ideas  
sólo pueden ser puras  
y el Dios Amor ha crecido,  
donde el mirar de las huríes  
se embarga del esplendor  
que adoramos en los astros.

Israfel, aciertas tu arte  
al despreciar ese canto  
entonado sin pasión.  
Tuyos son los laureles:  
¡Eres el más grande sabio!  
¡Vive eterno y plenamente!

Tus dones brillan perfectos  
en el éxtasis supremo.  
Tu pena, tu honda dicha,  
tu amor, tu desesperanza  
en tu laúd resplandecen,  
¡cómo no han de callar los astros!

Son, sí, tuyos los cielos.  
Pero la Tierra está hecha

de pesares y alegrías.  
Nuestras flores se marchitan  
y de tu encanto la sombra  
es el sol que nos cobija.

Si donde Israfel yo fuese  
y él mi morada habitara,  
tal vez no sería tan bella  
su terrenal melodía.

Tal vez mi lira tocase  
desde los sagrados cielos,  
oda más audaz que ésta.



### La ciudad en el mar

¡Mira! La muerte se ha izado un trono  
en una extraña y solitaria ciudad  
allá lejos en el sombrío Oeste,  
donde el bueno y el malo y el mejor y el peor  
han ido a su reposo eterno  
Allí capillas y palacios y torres  
(torres devoradoras de tiempo que no se estremecen)  
no se asemejan a nada que sea nuestro.  
En los alrededores, olvidadas por vientos inquietos  
resignadamente bajo el cielo  
las melancólicas aguas reposan.

No bajan rayos de luz del santo cielo  
a esta ciudad de la eterna noche.  
Pero una luz interior del lívido mar  
proyecta silenciosas torrecillas  
-resplandecen los pináculos por todas partes-  
Cúpulas-agujas, salones reales  
pórticos, paredes estilo babilónico,  
sombrias y olvidadas glorietas  
de hiedra esculpida y flores pétreas,  
y muchos, muchos maravillosos santuarios  
cuyos ensortijados frisos entrelazan  
la viola, la violeta y la vid.

Resignadamente bajo el cielo  
las melancólicas aguas reposan.  
Tanto se mezclan allí las torres y las sombras  
que parecen péndulos en el aire  
mientras que desde una altiva torre en la ciudad  
la muerte mira hacia abajo como desde una enormidad.

Allí los tiempos abiertos y las descubiertas tumbas  
bostezan a nivel con las luminosas olas,  
pero no las riquezas que allí yacen  
en cada uno de los ojos de diamante del ídolo  
-los muertos alegremente enjoyados no  
tientan las aguas desde sus lechos-;  
pues no se rizan las ondas, ¡ay!,  
en este desierto de cristal-  
Ninguna agitación dice que los vientos pueden estar  
en algún mar lejano y más feliz-.  
Ninguna ola sugiere que los vientos han estado  
en mares menos espantosamente serenos.

¡Pero, mira! ¡Algo se agita en el aire!  
La ola. ¡Hay un movimiento allí!,  
como si las torres se hubieran apartado,  
sumergiéndose lentamente, la lenta marea,  
como si sus cimas débilmente hubieran dejado

un vacío en el brumoso cielo.  
Las olas tienen ahora un brillo rojizo  
las olas respiran desmayadas y lentas.  
Y cuando ya no hay lamentos terrenales  
baja, baja esta ciudad hasta donde se quedará desde ahora.  
El infierno, elevándose desde mil tronos,  
le hará reverencias.

**La durmiente, versión I**

En una noche de Junio  
Bajo el místico plenilunio  
Me paro. La Luna desprende un brillo  
De opio, un vapor vago.  
Goteando, en las cimas quietas  
Deja su rastro y se adentra,  
Soñolienta y suave,  
En el valle colosal.  
Sobre la tumba el romero aflora,  
La lila se dobla sobre la ola.  
Abrazadas a la neblina  
Buscan reposo las ruinas.  
Igual que el Leteo, ¡mirad!  
El lago parece querer soñar  
Y no despertar jamás.  
¡Allí, donde toda belleza duerme  
Junto a su sino yace Irene!.

Esa ventana, oh dama luminosa  
Abierta a la noche, ¿no es peligrosa?.  
Desde las copas, la brisa ligera  
Las rejas de hierro, riendo, atraviesa;  
La brisa incorpórea, bruja hechicera,  
Por tus aposentos se pasea.  
Y tan temiblemente se empecina  
En mover el dosel de la cortina  
Sobre el orlado borde donde  
Tu alma adormecida descansa.  
Las sombras por el suelo y por los muros,  
Van y vienen cual lémures oscuros.  
Oh amada, ¿no existe miedo en ti?  
¿En qué y por qué sueñas aquí?  
¡Sin duda vienes de otros confines  
Para el asombro de estos jardines!.  
¡Qué extraños son tus vestidos, el doblez  
De tu trenza larga, tu lividez  
Y, sobre todo, esa solemne placidez!.

La dama duerme, ¡sea su letargo  
Tan profundo como largo!.  
¡Que el cielo la acoja en su santuario!.  
Pues cambió su aposento por otro divino  
Y su lecho por otro más mortecino.  
¡Ruego a Dios que vele por su alma  
Para que pueda yacer en calma,  
Ajena al deambular de los fantasmas!.

Mi amor duerme, ¡sea su letargo  
Tan profundo como largo,

Y sea compasivo con ella el gusano!  
En pleno bosque se levanta, adusto,  
Un gran panteón fosco y armado,  
Un panteón que antaño desplegaba  
Sus cancelas negras, córvidas alas,  
Dominando triunfal los palios crestados  
De los fastos fúnebres de sus antepasados.  
Un sepulcro solitario y silencioso  
A cuyo portal, en sus años de infancia,  
Ella arrojaba pedruscos ociosos;  
Una tumba a cuyo sonoro portal  
Ya ningún eco volverá a arrancar,  
Temblando al pensar, ¡oh pecadora mía!  
Que eran gemidos de difuntos lo que oía.

### La durmiente, versión II

Era la medianoche, en junio, tibia,  
Yo estaba bajo un rayo de mística luna,  
Que de su blanco disco como un encantamiento  
Vertía sobre el valle un vapor soñoliento.

Dormitaba en las tumbas el romero vaporoso,  
Y al lago se inclinaba el lirio agonizante,  
Y envueltas en la niebla en el ropaje acuoso,  
Las ruinas descansaban en sereno reposo.  
¡Mirad! También el lago semejante al Leteo  
Dormita entre las sombras con lento cabeceo,  
Y del sopor consciente despertarse no quiere  
Al mundo que en torno lánguidamente muere.

Duerme toda belleza y ved dónde reposa  
Irene, dulcemente, en calma deleitosa.  
Con la ventana abierta a los cielos serenos,  
De claros luminares y de misterios llenos.  
¡Oh, mi gentil señora! ¿no te asalta el espanto?  
¿Por qué está tu ventana así, en la noche, abierta?  
Los aires presurosos desde el bosque frondoso,  
Risueños y lascivos en tropel rumoroso  
Inundan tu aposento y agitan la cortina  
Del lecho en que tu hermosa cabeza se reclina,  
Sobre los bellos ojos de copiosas pestañas,  
Tras los que el alma duerme en regiones extrañas,  
Como fantasmas tétricos, por el sueño y los muros  
Se deslizan las sombras de perfiles oscuros.

¡Oh, mi gentil señora! ¿no te asalta el espanto?  
¿Cuál es, di, de tu ensueño el poderoso encanto?  
Debes de haber venido de los lejanos mares  
A este jardín hermoso de troncos seculares.  
Extraños son, mujer, tu palidez, tu traje,  
Y de tus largas trenzas el flotante homenaje,  
Pero aún es más extraño el silencio solemne  
En que envuelves tu sueño misterioso y perenne.

La dama gentil duerme. ¡Que duerma para el mundo!  
Todo lo que es eterno tiene que ser profundo.  
El cielo la ha amparado bajo su dulce manto,  
Trocando este aposento por otro que es más santo,  
Y que es también más triste, el lecho en que reposa.  
Yo le ruego al Señor, que, con mano piadosa,  
La deje descansar con sueño no turbado,  
Mientras los difuntos desfilan por su lado.

Ella duerme, amor mío. ¡Oh! mi alma le desea  
Que así como es eterno, profundo el sueño sea;  
Que los viles gusanos se arrastren suavemente

En torno de sus manos y en torno de su frente;  
Que en la lejana selva, sombría y centenaria,  
Le alcen una alta tumba tranquila y solitaria,  
Donde floten al viento, altivos y triunfales,  
De su ilustre familia los paños funerales;  
Una lejana tumba, a cuya puerta fuerte  
Piedras tiró de niña, sin temor a la muerte,  
Y a cuyo duro bronce no arrancará más sonos,  
Ni los fúnebres ecos de tan tristes mansiones.  
¡Qué triste imaginarse, pobre hija del pecado,  
Que el sonido fatídico a la puerta arrancado,  
Y que quizá con gozo resonara en tu oído,  
De la muerte terrorífica era el triste gemido!.

## Las campanas

### I

¡Escuchad el tintineo!  
!La sonata  
Del trineo  
Con cascabeles de plata!  
¡Qué alegría tan jocunda nos inunda al escuchar  
la errabunda melodía de su agudo tintinear!  
¡Es como una epifanía,  
En la ruda racha fría,  
la ligera melodía!  
¡Cómo fulgen los luceros!  
-¡Verdaderos Reverberos !-  
Con idéntica armonía  
A la clara melodía  
Cintilando, cintilando, cintilando,  
¡Cómo los cascabeles  
van sonando!  
Y en un mismo son, son único,  
Que igualiza un ritmo rúnico,  
Los luceros siguen fieles  
Cascabeles, cascabeles, cascabeles  
El son de los cascabeles,  
Cascabeles, cascabeles, cascabeles  
Cascabeles,  
¡El son grato, que a rebato, surge en los cascabeles!

### II

Escuchar el almo coro  
Sonoro  
Que hacen las campanas todas:  
¡Son las campanadas de oro  
De las bodas!  
¡Oh, qué dicha tan profunda nos inunda al escuchar  
La errabunda melodía de su claro repicar!  
¡Cómo revuela al desgaire  
Esta música en el aire!  
¡Cómo a su feliz murmullo  
Sonoro,  
Con sus claras notas de oro,  
Se aúna la tórtola con su arrullo,  
Bajo la luz de la luna!  
¡Qué armonía  
Se vacía  
De la alegre sinfonía  
De este día!  
¡Cómo brota  
Cada nota!:  
Fervorosamente, dice

la felicidad remota  
Que predice.  
Y a la voz de una campana, siguen las de sus hermanas  
Las campanas,  
Las campanas, las campanas, las campanas, las campanas,  
las campanas, las campanas, las campanas,  
En sonoro ritmo de oro, de almo coro, ¡las campanas!

## III

¡Oíd cual suena el bordón!:  
el bordón  
De son bronco  
Que pone en el corazón  
El espanto con su son,  
Con su son de bronce, ronco.  
¡que tristeza tan profunda nos apresa al escuchar  
Cómo reza, gemebunda, la fiereza del llamar!  
Cómo su son taciturno,  
En el silencio nocturno  
Es grito desesperado  
Que no es casi pronunciado  
¡De aterrado!  
Grito de espanto ante el fuego  
Y agudo alarido luego,  
Es un clamor que se extiende,  
Que el espacio ronco, hiende  
Y que llama;  
Que defiende.

Y que clama, clama, clama,  
Que clama pidiendo auxilio  
En tanto que ve el exilio  
De aquellos que el fuego, ciego y arrollador, empobrece  
Y el fuego que ataca y crece,  
Mientras se oye el ronco son,  
El somatén del bordón,  
Del bordón, bordón, bordón  
¡Del bordón!  
¡Cómo el alma se desgarrar  
Cuando el son del bordón narra  
La aflicción  
¡De aquellos que arruina el fuego!  
Y, cómo nos dice luego  
Los progresos que hace el fuego  
-Que va a tientas como ciego-  
El somatén del bordón,  
¡Que es toda una narración!  
¡Oh, la tempestad de ira  
En la que el bordón delira  
Y en que convulso, delira!  
El alma escucha anhelante



la queja que da el bordón  
Con su son;  
El bordón que da su son,  
El bordón, bordón, bordón,  
¡El bordón!  
Que es toda una narración el somatén del bordón  
Del bordón, del bordón, del bordón  
Del bordón, del bordón, del bordón  
¡Del bordón!  
El grito ante el infinito, cual proscrito, ¡del bordón!

## IV

¡Escuchad cómo la esquila,  
Cómo el esquilón de hierro,  
Llama con voz que vacila,  
Al entierro!  
Qué meditación profunda nos inunda al escuchar  
la errabunda y gemebunda melodía del sonar  
¡Cómo llena de pavora  
Su son en la noche oscura!  
¡Cómo un estremecimiento  
Nos recorre el pensamiento  
que provoca su lamento!  
Cuando sueña  
La grave esquila de hierro, con su lúgubre toquido,  
Con su lúgubre toquido que la medianoche llena.  
¡Es que las almas en pena  
Se han reunido!  
¡Oh, la danza  
Al son que toda la esquila,  
En una noche intranquila,  
Su tijera de luz lila,  
Tocando en visión del Juicio la noche sin esperanza!

Entonces, ya no vacila  
La grave voz de la esquila,  
De la esquila, de la esquila, de la esquila,  
de la esquila, de la esquila,  
Sino que suena furiosa,  
Con su voz cavernosa,  
Y, en un mismo son, son único,  
Que igualiza un ritmo rúnico,  
Algún ronco rayo trueno  
Y se alumbra con relámpagos la noche sin esperanza,  
Mientras las almas en pena  
Giran, giran su danza  
Bajo la triste luz lila.  
Y en tanto se oye la grave, la grave voz de la esquila,  
De la esquila, de la esquila,  
De la esquila, de la esquila, de la esquila, de la esquila,  
Y en el mismo son, son único,

Que igualiza un ritmo rúnico,  
Mientras se oye, la triste, la triste voz  
De la esquila,  
De la esquila,  
Furibundo rayo trueno,  
El relámpago cintila.

Y los espectros en pena  
Danzan al son de la esquila,  
De la esquila, de la esquila, de la esquila,  
de la esquila, de la esquila,  
Y en un mismo son, son único,  
Que igualiza un ritmo rúnico,  
Danzan al son de la esquila,  
De la esquila, de la esquila,  
de la esquila, de la esquila, de la esquila,  
¡De la esquila!  
Y mientras que el rayo trueno,  
Que el relámpago cintila  
Y que con furor terrible, danzan las almas en pena,  
Se oye la voz de la esquila,  
De la esquila, de la esquila, de la esquila,  
De la esquila, de la esquila,  
la voz de cuento lamento ¡de la esquila!

**Leonora**

¡El vaso se hizo trizas! Desapareció su esencia  
¡Se fue; se fue! ¡Se fue; se fue!  
Doblad, doblad campanas, con ecos plañideros,  
Que un alma inmaculada de Estigia en los linderos  
Flotar se ve.

Y tú, Guy de Vere, ¿qué hiciste de tus lágrimas ?  
¡Ah, déjalas correr!  
Mira, el angosto féretro encierra a tu Leonora;  
Oye los cantos fúnebres que entona el fraile; ahora

Ven a su lado, ven.  
Antífonas salmodien a la que un noble cetro  
Fue digna de regir;  
Un ronco De Profundis a la que yace inerte,  
Que con morir  
Indignos, los que amábais en ella solamente  
Las formas de mujer,  
Pues su altivez nativa os imponía tanto,  
Dejasteis que muriera, cuando el fatal quebranto  
Posó sobre su sien.

¿Quién abre los rituales? ¿Quién va a cantar el Réquiem?  
Quiero saberlo, ¿quien?  
¿Vosotros miserables de lengua ponzoñosa  
Y ojos de basilisco? ¡Mataron a la hermosa,  
Que tan hermosa fue!

¿Peccavimus cantasteis? Cantasteis en mala hora  
El Sabbath entonad;  
Que su solemne acento suba al excelso trono  
Como un sollozo amargo que no suscite encono  
En la que duerme en paz.

Ella, la hermosa, la gentil Leonora,  
Emprendió el vuelo en su primer aurora;  
Ella, tu novia, en soledad profunda  
¡Huérfano te dejó!

Ella, la gracia misma ora reposa  
En rígida quietud; en sus cabellos  
Hay vida aún; mas en sus ojos bellos  
¡No hay vida, no, no, no!

¡Atrás! Mi corazón late de prisa  
Y en alegre compás. ¡Atrás! No quiero  
cantar el De Profundis majadero,  
Porque es inútil ya.

Tenderé el vuelo y al celeste espacio

me lanzaré en su noble compañía.  
¡Voy contigo, alma mía, sí, alma mía;  
Y un peán te cantaré!

¡Silencio las campanas! Sus ecos plañideros  
Acaso lo hagan mal.  
No turben con sus voces la beatitud de un alma  
Que vaga sobre el mundo con misteriosa calma  
y en plena libertad.

Respeto para el alma que los terrenos lazos  
Triunfante desató;  
Que ahora luminosa flotando en el abismo  
Ve amigos y contrarios; que del infierno mismo  
al cielo se lanzó.

Si el vaso se hizo trizas, su eterna esencia libre  
¡Se va, se va!  
¡callad, callad campanas de acentos plañideros,  
que su alma inmaculada del cielo en los linderos  
Tocando está!

**Para Annie**

¡Gracias a Dios, la crisis...  
el peligro ha pasado!  
Y el mal insistente  
ya está superado...  
Y la fiebre llamada «vida»  
es terreno conquistado.

Sé, con tristeza,  
que he perdido vigor  
y, postrado en mi lecho,  
me atenaza el sopor...  
Mas ¡qué importa!...  
Me siento francamente mejor.

Y tan manso en mi cama  
yo reposo despierto  
que cualquiera podría  
suponer que me he muerto...  
Suponer con espanto  
que en verdad estoy muerto.

Los lamentos y gemidos,  
los sollozos y suspiros  
acallados están  
por ese horrible latido  
del corazón... ¡ah, ese horrible,  
horrible latido!

El mareo... la náusea...  
el dolor inclemente...  
se han ido con la fiebre  
que enloquecía mi mente...  
Esa fiebre llamada «vida»  
que abrasaba mi mente.

Mas de todas las torturas,  
esa la peor mitigó...  
Mitigó la sed horrible  
que a beber me empujó  
de las aguas naftalinas  
del río de la pasión...  
He bebido de un agua  
que todo lo sació...

Un agua que surge  
de un torrente bajo el suelo,  
cantarina y alegre  
como arrullo del cielo...  
De una gruta escondida  
a pocos metros del suelo.

No digáis sin fundamento  
ni particular provecho  
que mi alcoba es sombría  
y ceñido mi lecho;  
pues nunca nadie ha dormido  
en jergón menos estrecho...  
Quien duerme ha de soñar  
en este tipo de lecho.

Espíritu atormentado,  
aquí cómodo reposas  
olvidando, o tal vez nunca  
lamentando, tus rosas...  
Tus antiguas inquietudes  
de mirtos y de rosas.

Pues ahora, mientras yaces  
apacible, interpretas  
que te envuelve un perfume  
más sagrado, de violetas...  
Un olor de romero  
combinado con violetas...  
Con rudas y con hermosas  
y puritanas violetas.

Y así yaces feliz,  
bañado por la riqueza  
de la verdad de ensueño  
de Annie y de su belleza...  
Y sus trenzas delicadas  
te bañan con su tibieza.

Ella, tierna, me ha besado,  
dulces caricias me ha hecho  
y yo me he ido quedando  
adormecido en su pecho...  
Profundamente dormido  
en el edén de su pecho.

Al extinguirse la luz  
me ha arropado, maternal,  
y ha rogado a los ángeles  
que me guardaran del mal...  
A la reina de los ángeles  
que me proteja del mal.

Y tan quieto y tranquilo  
reposo, tibio y cubierto  
(sabiendo que ella me ama)  
que diríais que estoy muerto...  
Y reposo tan sereno

ahora, en mi lecho, cubierto  
(con su amor junto a mi pecho)  
que diríais que me he muerto...  
Supondríais con espanto  
que estáis mirando a un muerto...

Mas mi corazón irradia  
una luz más estrellada  
que las estrellas del cielo  
pues Annie es su alborada...  
Lo enciende el amor fulgurante  
de mi Annie adorada...  
Se enciende al pensar un instante  
en su dulce mirada.

**Solo**

Desde mi hora más tierna no he sido  
como otros fueron, no he percibido  
como otros vieron, no pude extraer  
del mismo arroyo mi placer,  
ni de la misma fuente ha brotado  
mi desconsuelo; no he logrado  
hacer vibrar mi corazón al mismo tono  
y si algo he amado, lo he amado solo.  
Entonces, en mi infancia, en el albor  
de una vida tormentosa, del crisol  
del bien y el mal, de su raíz misma,  
surgió el misterio que aún me abisma:  
desde el venero o el vado,  
desde el rojo acantilado,  
desde el sol que me envolvía  
en otoño con su pátina bruñida,  
desde el arroyo electrizante  
que me rozó, seco y rasante,  
desde el trueno y la tormenta  
y la nube cenicienta  
que (en el cielo transparente)  
formó un demonio en mi mente.



**Soneto a la ciencia**

¡Ciencia! ¡verdadera hija del tiempo tú eres!  
que alteras todas las cosas con tus escrutadores ojos.

¿Por qué devoras así el corazón del poeta,  
buitre, cuyas alas son obtusas realidades?

¿Cómo debería él amarte? o ¿cómo puede juzgarte sabia  
aquel a quien no dejas en su vagar  
buscar un tesoro en los enjorjados cielos,  
aunque se elevara con intrépida ala?

¿No has arrebatado a Diana de su carro?  
¿Ni expulsado a las Hamadriades del bosque  
para buscar abrigo en alguna feliz estrella?

¿No has arrancado a las Náyades de la inundación,  
al Elfo de la verde hierba, y a mí  
del sueño de verano bajo el tamarindo?

**Soneto: el silencio**

Hay ciertas cualidades, ciertas cosas sin sustancia  
que poseen en sí mismas una naturaleza dual,  
derivada de esa entidad gemela que escancian  
la masa y la luz, la solidez y la sombra por igual.

Hay un silencio de dos caras: mar y riberas,  
cuerpo y alma. El uno en solitarios andurriales,  
silvestres, reverdecidos, mora; algunas gracias formales,  
ciertos recuerdos humanos y leyendas plañideras  
lo han vuelto inofensivo: "Nunca más" por nombre lleva.

Es el silencio corpóreo: ¡no le temáis! No desprende  
ni alberga poder maligno o terrorífico alguno;  
mas si un perentorio azar (¡destino inoportuno!)

os planta frente a su sombra (anónimo duende  
que asola las regiones remotas jamás transidas  
por el hombre), ¡a Dios encomendad vuestras vidas!

### Sueños

¡Ojalá mi joven vida fuera un sueño duradero!  
Y mi espíritu durmiera hasta que el rayo certero  
De una eternidad anunciara el nuevo día.  
¡Sí! Aunque el largo sueño fuera de agonía  
Siempre sería mejor que estar despierto  
Para quien tuvo, desde el nacimiento  
En el dulce tierra, el corazón  
Prisionero del caos de la pasión.

Mas si ese sueño persistiera eternamente  
Como los sueños infantiles en mi mente  
Solían persistir, si eso ocurriera,  
Sería ridículo esperar una quimera.  
Porque he soñado que el sol resplandecía  
En el cielo estival, lleno de luz bravía  
Y de belleza, y mi corazón he paseado  
Por climas remotos e inventados,  
Junto a seres imaginarios, sólo previstos  
Por mí... ¿qué más podría haber visto?.

Pero una vez, una única vez, y ya no olvidaré  
Aquel bárbaro momento, un poder o no se qué  
Hechizo me ciñó, o fue que el viento helado  
Sopló de noche y al marchar dejó grabado  
En mi espíritu su rastro, o fue la Luna  
Que brilló en mis sueños con especial fortuna  
Y frialdad, o las estrellas... en cualquier caso  
El sueño fue como ese viento: démosle paso.

Yo he sido feliz, pues, aunque el sistema  
Fuera un sueño. Fui feliz, y adoro el tema:  
¡Sueños!. Tanto por su intenso colorido  
Que oponen a lo real, y porque al ojo delirante  
Ofrecen cosas más bellas y abundantes  
Del paraíso y del amor, ¡y todas nuestras!  
Que la esperanza joven en sus mejores muestras.

**Un sueño dentro de un sueño**

¡Recibe en la frente este beso!  
Y, por librarme de un peso  
Antes de partir, confieso  
Que acertaste si creías  
Que han sido un sueño mis días;  
¿Pero es acaso menos grave  
Que la esperanza se acabe  
De noche o a pleno sol,  
Con o sin una visión?  
Hasta nuestro último empeño  
Es sólo un sueño en un sueño.

Me encuentro en la costa fría  
Que agita la mar bravía,  
Oprimiendo entre mis manos,  
Como arena, oro en granos.  
¡Qué pocos son! Y allí mismo,  
De mis dedos al abismo  
Se desliza mi tesoro  
Mientras lloro, ¡mientras lloro!,  
¿Evitaré ¡oh Dios! su suerte  
Oprimiéndolos más fuerte?

¿Del vacío despiadado  
Ni uno solo habré salvado?  
¿Cuánto hay de grande o de pequeño?  
¿Es solo un sueño dentro de un sueño?

**A Elena**

Te vi una vez, una sola, años atrás;  
No diré cuántos, aunque no fueron muchos.  
Fue en julio, a medianoche, la luna llena,  
Elevándose como si fuera tu alma, se abría,  
Rauda, camino cielo arriba. De su halo,  
una sedosa llovizna de luz plateada  
Caía tibia, soñolienta y quedamente  
Sobre los rostros vueltos de las mil rosas  
De un jardín encantado que la brisa  
Sólo osaba visitar de puntillas;  
Caía sobre los rostros vueltos de esas rosas  
Que, a cambio de la amorosa luz, se desprendían,  
En un éxtasis final, de sus almas fragantes;  
Caía sobre los rostros vueltos de las rosas  
Que, embelesadas por tí y por la poesía  
De tu presencia, morían con una sonrisa.

Toda vestida de blanco, te vi reclinada a medias  
Sobre un lecho de violetas; la luna, entre tanto,  
Bañaba los rostros vueltos de las rosas y el tuyo,  
Vuelto también aunque ay, con aflicción, hacia ella.  
¿Acaso fue el destino (ese destino que a menudo  
Solemos llamar aflicción) quien, esa medianoche de julio,  
Me retuvo junto al portal del jardín para que oliera  
El incienso que desprendían las rosas? No había eco  
De pisada alguna: el mundo odiado dormía; todos  
Salvo tú y yo. (¡Oh cielos! ¡Oh Dios! Cómo sublevan,  
Al juntarse, esas dos palabras mi corazón.) Todos  
Salvo tú y yo. Me detuve... eché una mirada...  
Y de pronto todas las cosas se esfumaron  
(Aquél era un jardín encantado, ¿recuerdas?).  
El resplandor perlado de la luna se disipó;  
Los bancos mohosos y los sinuosos senderos,  
Las flores alegres y los árboles vencidos  
Cesaron de existir; incluso el aroma de las rosas  
Sucumbió en brazos del aire adorable. Todo,  
Todo expiró menos tú, todo salvo tú:  
Salvo la luz divina de tus ojos,  
Salvo el alma de tus ojos elevados.  
Sólo a ellos vi, para mí fueron el mundo.  
Sólo a ellos vi, sólo a ellos durante horas.  
Sólo a ellos mientras brilló la luna.  
¡Qué historias lastimosas parecían destilar  
Esas celestiales y cristalinas esferas!  
¡Qué oscura congoja! ¡Qué sublime esperanza!  
¡Qué mar de orgullo silencioso y sereno!  
¡Qué osada ambición! ¡Y qué profunda,  
Qué insondable capacidad para amar!.

Pero al fin la noble Diana se retiró  
Hacia su lecho occidental de nubarrones;  
Y tú, un fantasma, te escabulliste también  
Por la arboleda sepulcral. Sólo tus ojos permanecieron.  
No deseaban irse: aún no se han ido. Aquella noche  
Iluminaron mi solitario regreso a casa y, desde entonces,  
Al contrario que mis esperanzas, no me abandonan.  
Siempre me siguen, me han guiado a través del tiempo;  
Son mis ministros, yo soy su esclavo. Su cometido  
Es iluminar y dar tibieza; mi deber  
Es ser salvado por su brillante luz,  
Purificado por su ardor electrizante,  
Santificado por su fuego elíseo.  
Tus ojos llenan de belleza, que es esperanza, mi alma  
Y titilan, lejanos, en el firmamento. Son las estrellas  
Ante las que me hincó en las vigilias solitarias;  
Mas en la diáfana claridad del día también los veo:  
¡Son dos dulces luceros del alba que centellean  
Sin que el sol pueda extinguirlos!.

**A Elena**

Es tu hermosura, Elena,  
Como esas naves niceas de antes  
Que por la mar calma y fragante  
Llevaban a su nativa arena  
Al exhausto navegante.

Perdido entre olas y zozobras vanas,  
Tu pelo de jacinto, tu clásica belleza,  
Tu aire de náyade galana  
Me traen de vuelta a la gloriosa Grecia  
Y a la grandeza romana.

¡Mira! ¡En tu nicho de cristal pulido  
La lámpara de ágata levantas  
Y tu figura de estatua se agiganta!  
¡Ah Psique, tú que has venido  
De tierras sacrosantas!

**A F...**

¡Querida! Entre todas las penas  
que jalonan mi senda terrenal  
(triste senda sin apenas  
una mísera rosa en el brocal),  
mi espíritu, soñando cosas buenas  
de ti, encontró tranquilidad  
y un oasis de edénicas arenas.

Por eso cuando evoco tu recuerdo  
veo una isla remota y encantada  
en medio de un océano revuelto;  
una isla que, a pesar de estar rodeada  
por temibles borrascas y por vientos,  
luce siempre sonriente y despejada  
hasta en los peores momentos.



**A F.S.O.**

¿Deseas que te amen? No pierdas, pues,  
el rumbo de tu corazón.  
Sólo aquello que eres has de ser  
y aquello que no eres, no.  
Así, en el mundo, tu modo sutil,  
tu gracia, tu bellissimo ser;  
serán objeto de elogio sin fin  
y el amor... un sencillo deber.

**A M.**

No me aflige que mi cuota de mundo  
Tenga poco de terrenal en ella;  
Ni que años de amor, en un segundo  
De rencor, se esfumen sin dejar huella.  
No lamento que los desvalidos  
Sean, querida, más dichosos que yo,  
Pero sí que sufras por mi destino,  
Siendo pasajero como soy.

**A M.L.S.**

De todos cuantos anhelan tu presencia como una mañana,  
De todos cuantos padecen tu ausencia como una noche,  
    Como el destierro inapelable del sol sagrado  
Allende el firmamento; de todos los dolientes que a cada instante  
Te bendicen por la esperanza, por la vida, ah, y sobre todo,  
    Por haberles devuelto la fe extraviada, enterrada  
    En la verdad, en la virtud, en la raza del hombre...

De todos aquellos que, cuando agonizaban en el lecho impío  
De la desesperanza, se han incorporado de pronto  
    Al oírte susurrar con dulzura: "¡Que haya luz!",  
    Al oírte susurrar esas palabras acentuadas  
    Por el sereno brillo de tus ojos...

De todos tus numerosos deudores, cuya gratitud  
Raya la veneración, recuerda, oh, no olvides nunca  
    A tu devoto más ferviente, al más incondicional,  
Y piensa que estas líneas vacilantes las habrá escrito él,  
Ese que ahora, al escribirlas, se emociona pensando  
Que su espíritu comulga con el espíritu de un ángel.

## A...

Las enramadas donde veo,  
En sueños, las más variadas  
Aves cantoras, son labios y son  
Tus musicales palabras susurradas.

Tus ojos, entronizados en el cielo,  
Caen al fin desesperadamente,  
¡Oh Dios!, en mi fúnebre mente  
Como luz de estrellas sobre un velo.

Oh tu corazón... suspiro al despertar  
Y duermo para soñar hasta que raya el día  
En la verdad que el oro jamás podrá comprar  
Y en las bagatelas que sí podría.

## A...

No hace mucho, el autor de estas líneas afirmaba, con loca vanidad intelectual, «el poder de las palabras», y descartaba que en el cerebro humano cupieran pensamientos ajenos al dominio de la lengua. Ahora, como burlándose de tal jactancia, dos palabras -dos suaves bisílabos foráneos de ecos italianos, labrados sólo para los labios de ángeles que, bajo la luna, sueñan «en rocío que pende del Hermón como perlas hilvanadas»- han emergido de los abismos de su corazón, como impensados pensares que son el alma del pensamiento, como visiones más ricas, más agrestes y divinas que cuantas Israfel, el serafín del arpa («aquél que, de todas las criaturas de Dios, tiene la voz más dulce»), pudiera querer articular. ¡Y se han roto mis hechizos! Impotente, la pluma cae de mi mano temblorosa. Si el texto ha de ser, como me pides, tu dulce nombre, no puedo escribir, no puedo hablar o pensar, ay, ni sentir; pues no creo que sea un sentimiento esta inmovilidad que me retiene frente al dorado portal de los sueños abierto de par en par, con la mirada absorta en la espléndida vista, extasiado y conmovido al comprobar que a un lado y a otro, a todo lo largo y ancho, entre vapores purpúreos, y aún más allá de donde acaba el panorama... sólo estás tú.

**Al río**

Alegre río, tu cristalino fulgor,  
Tu curso límpido, tu agua errante,  
Son un emblema invocador  
De la belleza: el corazón abierto,  
el risueño serpenteo del arte  
En la hija del viejo Alberto.  
Mas cuando ella en tí se mira y, de repente,  
Tus aguas se iluminan y estremecen,  
Entonces, ay, el más bello torrente  
Y su humilde devoto se parecen;  
Pues ambos llevan su imagen anclada,  
Unos en el cauce, otro en el corazón...  
En ese corazón que su mirada  
Intensa, honda, enciende de emoción.

**Annabel Lee**

Hace muchos, muchos años, en un reino junto al mar,  
Habitaba una doncella cuyo nombre os he de dar,  
Y el nombre que daros puedo es el de Annabel Lee,  
quien vivía para amarme y ser amada por mí.

Yo era un niño y era ella una niña junto al mar,  
En el reino prodigioso que os acabo de evocar.  
Más nuestro amor fue tan grande cual jamás yo presentí,  
Más que el amor compartimos con mi bella Annabel Lee,  
Y los nobles de su estirpe de abolengo señorial  
Los ángeles en el cielo envidiaban tal amor,  
Los alados serafines nos miraban con rencor.

Aquel fue el solo motivo, ¡hace tanto tiempo ya!,  
por el cual, de los confines del océano y más allá,  
Un gélido viento vino de una nube y yo sentí  
Congelarse entre mis brazos a mi bella Annabel Lee.

La llevaron de mi lado en solemne funeral.  
A encerrarla la llevaron por la orilla de la mar  
A un sepulcro en ese reino que se alza junto al mar,  
Los arcángeles que no eran tan felices cual los dos,  
Con envidia nos miraban desde el reino que es de Dios.

Ese fue el solo motivo, bien lo podéis preguntar,  
Pues lo saben los hidalgos de aquel reino junto al mar,  
Por el cual un viento vino de una nube carmesí  
Congelando una noche a mi bella Annabel Lee.

Nuestro amor era tan grande y aún más firme en su candor  
Que aquel de nuestros mayores, más sabios en el amor.  
Ni los ángeles que moran en su cielo tutelar,  
Ni los demonios que habitan negros abismos del mar  
Podrán apartarme nunca del alma que mora en mí, Espíritu luminoso de mi hermosa Annabel  
Lee.

Pues los astros no se elevan sin traerme la mirada  
Celestial que, yo adivino, son los ojos de mi amada.  
Y la luna vaporosa jamás brilla baladí  
Pues su fulgor es ensueño de mi bella Annabel Lee.

Yazgo al lado de mi amada, mi novia bien amada,  
Mientras retumba en la playa la nocturna marejada,  
Yazgo en su tumba labrada cerca del mar rumoroso,  
En su sepulcro a la orilla del océano proceloso.

**Balada nupcial**

En mi dedo el anillo,  
la guirnalda nupcial mi sien decora;  
de sedas y diamantes busco el brillo,  
y soy feliz ahora.

Y mi señor me brinda amor seguro;  
pero al decirme ayer cuánto me adora,  
tembló mi corazón, como al conjuro,  
de "quien cayó en la guerra", al pie del muro,  
y que es feliz ahora.

Pero él tranquilizóme, y en mi frente  
besó la palidez que le enamora.  
Y he aquí que en un ensueño, vi presente,  
al muerto D'Elormy: -suyo, en mi frente,  
fue el beso; y suspiré ( ¡cuán dulcemente! ):  
"-¡Ah, soy feliz ahora!"

Y si pude otorgar palabra nueva,  
así el voto juré, y aunque traidora,  
y aunque un luto de amor el alma lleva,  
ved brillar ese anillo que "me prueba"  
que soy feliz ahora.

¡Ah! ilumíneme Dios aquel pasado,  
pues si sueña o no sueña el alma ignora,  
y el corazón se oprime, y conturbado  
pregúntase, oh Señor, si el "Olvidado"  
será feliz ahora!



### El cuervo

Una vez, en una taciturna medianoche, mientras meditaba débil y fatigado,  
sobre un curioso y extraño volumen de sabiduría antigua,  
mientras cabeceaba, soñoliento, de repente algo sonó,  
como el rumor de alguien llamando suavemente a la puerta de mi habitación.  
“Es alguien que viene a visitarme - murmuré - y llama a la puerta de mi habitación.  
Sólo eso, nada más.

Ah, recuerdo claramente que era en el negro diciembre,  
y que cada chispazo de los truenos hacía danzar en el suelo su espectro.  
Ardientemente deseaba la aurora; vagamente me proponía extraer  
de mis libros una distracción para mi tristeza, para mi tristeza por mi Leonor perdida,  
la rara y radiante joven a quien los ángeles llaman Leonor  
para quien aquí no habrá nombre nunca más.

Y el incierto y triste crujir de la seda de cada cortinaje de púrpura  
me estremecía, me llenaba de fantásticos temores nunca antes sentidos,  
por lo que, a fin de calmar los latidos de mi corazón, me embelesaba repitiendo:  
“Será un visitante que quiere entrar y llama a la puerta de mi habitación.  
Algún visitante retrasado que quiere entrar y llama a la puerta de mi habitación.  
Eso debe ser, y nada más.

De repente, mi alma se revistió de fuerza, y sin dudar más  
dije: “Señor, o señora, les pido en verdad perdón;  
pero lo cierto es que me adormecí y habéis llamado tan suavemente  
y tan débilmente habéis llamado a la puerta de mi habitación  
que no estaba realmente seguro de haberos oído” Abrí la puerta:  
Oscuridad y nada más.

Mirando a través de la sombra, estuve mucho rato maravillado, extraño  
dudando, soñando más sueños que ningún mortal se había atrevido a soñar,  
pero el silencio no se rompió y la quietud no hizo ninguna señal,  
y la única palabra hablada fue la palabra dicha en un susurro: “Leonor”  
Esto dije susurrando, y el eco respondió en un murmullo la palabra “Leonor”  
Simplemente eso y nada más.

Al entrar de nuevo en mi habitación, toda mi alma abrasándose,  
muy pronto, de nuevo, oí una llamada más fuerte que antes.  
“Seguramente - dije - seguramente es alguien en la persiana de mi ventana.  
Déjame ver, entonces, lo que es, y resolver este misterio;  
que mi corazón se calme un momento y averigüe este misterio.  
¡Es el viento y nada más!”

Empujé la ventana hacia fuera, cuando, con una gran agitación y movimientos de alas  
irrumpió un majestuoso cuervo de los días de antaño.  
No hizo ninguna reverencia, no se paró ni dudó un momento;  
pero, con una actitud de lord o de lady, trepó sobre la puerta de mi habitación,  
encima de un busto de Palas, encima de la puerta de mi habitación.  
Se posó y nada más.

Entonces aquel pájaro de ébano, induciendo a sonreír mi triste ilusión  
a causa de la grave y severa solemnidad de su aspecto.  
«Aunque tu cresta sea lisa y rasa - le dije - tú no eres un cobarde.»  
Un torvo espectral y antiguo cuervo, que errando llegas de la orilla de la noche.  
Dime: «¿Cuál es tu nombre señorial en las orillas plutonianas de las noches?»  
El cuervo dijo: «Nunca más».

Me maravillé al escuchar aquel desgarrado volátil expresarse tan claramente,  
aunque su respuesta tuviera poco sentido y poca oportunidad;  
porque hay que reconocer que ningún humano o viviente  
nunca se hubiera preciado de ver un pájaro encima de la puerta de su habitación.  
Un pájaro u otra bestia encima del busto esculpido encima de la puerta de mi habitación.  
Con un nombre como «Nunca más».

Pero el cuervo, sentado en solitario en el plácido busto, sólo dijo  
aquellas palabras, como si con ellas desparramara su alma.  
No dijo entonces nada más, no movió entonces ni una sola pluma.  
Hasta que yo murmuré: «Otros amigos han volado ya antes».  
En la madrugada me abandonará, como antes mis esperanzas han volado  
Entonces el pájaro dijo: «Nunca más».

Estremecido por la calma, rota por una réplica tan bien dada,  
dije: «Sin duda». Esto que ha dicho es todo su fondo y su bagaje,  
tomado de cualquier infeliz maestro al que el impío Desastre  
siguió rápido y siguió más rápido hasta que sus canciones formaron un refrán único.  
Hasta que los cánticos fúnebres de su Esperanza, llevaran la melancólica carga  
De «Nunca - nunca más».

Pero el cuervo, induciendo todavía mi ilusión a sonreír,  
me impulsó a empujar de súbito una silla de cojines delante del pájaro, del busto y la puerta;  
entonces, sumergido en el terciopelo, empecé yo mismo a encadenar  
ilusión tras ilusión, pensando en lo que aquel siniestro pájaro de antaño,  
en lo que aquel torvo, desgarrado, espantoso, descarnado y siniestro pájaro de antaño  
quería decir al gemir «Nunca más».

Me senté, ocupado en averiguarlo, pero sin pronunciar una sílaba  
frente al ave cuyos fieros ojos, ahora, quemaban lo más profundo de mi pecho;  
esto y más conjeturaba, sentado con la cabeza reclinada cómodamente.  
Tendido en los cojines de terciopelo que reflejaban la luz de la lámpara.  
Pero en cuyo terciopelo violeta, reflejando la luz de la lámpara,  
ella no se sentará ¡ah, nunca más!

Entonces, creo, el aire se volvió más denso, perfumado por un invisible incienso brindado por  
serafines cuyas pisadas sonaban en el alfombrado.  
«Miserable - grité - Tu Dios te ha permitido, a través de estos ángeles te ha dado un descanso.  
Descanso y olvido de las memorias de Leonor.  
Bebe, oh bebe este buen filtro, y olvida esa Leonor perdida.  
El cuervo dijo: \*Nunca más».

«Profeta - dije - ser maligno, pájaro o demonio, siempre profeta,

si el tentador te ha enviado, o la tempestad te ha empujado hacia estas costas,  
desolado, aunque intrépido, hacia esta desierta tierra encantado,  
hacia esta casa tan frecuentada por el honor. Dime la verdad, te lo imploro.  
¿Hay, hay bálsamo en Galaad? ¿Dime, dime, te lo ruego!»  
El cuervo dijo: «Nunca más».

«Profeta -dije - ser maligno, pájaro o demonio, siempre profeta,  
por ese cielo que se cierne sobre nosotros, por ese Dios que ambos adoramos,  
dile a esta pobre alma cargada de angustia, si en el lejano Edén  
podrá abrazar a una joven santificada a quien los ángeles llaman Leonor,  
abrazar a una preciosa y radiante doncella a quien los ángeles llaman Leonor».  
El cuervo dijo: «Nunca más».

«Que esta palabra sea la señal de nuestra separación, pájaro o demonio - grité  
incorporándome.  
¡Vuelve a la tempestad y la ribera plutoniana de la noche!

No dejes ni una pluma negra como prenda de la mentira que ha dicho tu alma.

¡Deja intacta mi soledad! ¡Aparta tu busto de mi puerta!  
¡Aparta tu pico de mi corazón, aleja tu forma de mi puerta!»  
El cuervo dijo: «Nunca más».

Y el cuervo, sin revolotear, todavía posado, todavía posado,  
en el pálido busto de Palas encima de la puerta de mi habitación,  
sus ojos teniendo todo el parecido del demonio en que está soñando,  
y la luz de la lámpara que le cae encima, proyecta en el suelo su sombra.  
Y mi alma, de la sombra que yace flotando en el suelo  
no se levantará... ¡Nunca más!

**El día más feliz, la hora más feliz...**

El día más feliz... la hora más feliz  
Mi marchito y estéril corazón concio;  
El más noble anhelo de gloria y de virtud  
Siento que ya desapareció.  
¿De virtud, dije? ¡Sí, así es,  
Pero, ay, se han desvanecido para siempre.  
Eran el sueño de mi juventud...  
Mas dejadlos ya esfumarse.

Y tú, orgullo, ¿qué me importas ahora?  
Aunque pudiera heredar otro rostro,  
El veneno que has vertido en mí  
¡Permanecerá siempre en mi espíritu!  
El día más feliz... la hora más feliz  
verán mis ojos... si, los han visto;  
La más resplandeciente mirada de gloria y de virtud  
Siento que ha sido.  
Pero existió aquel anhelo de gloria y de virtud,  
Ahora inmolado con dolor:  
Incluso entonces sentí... que la hora más dulce  
No volvería de nuevo,  
Pues sobre sus alas se cernía densa oscuridad,  
Y mientras se agitaba..., se desplomo un ser  
Tan poderoso como para destruir  
A un alma a quien conocía bien.